Cuadernos LIRICO

Revista de la red interuniversitaria de estudios sobre las literaturas rioplatenses contemporáneas en Francia

11 | 2014

De niños e infancias

Arqueología de la felicidad

Martín Felipe Castagnet

Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/lirico/1837>

DOI: 10.4000/lirico.1837

ISSN: 2262-8339

Editor

Réseau interuniversitaire d'étude des littératures contemporaines du Río de la Plata

Referencia electrónica

Martín Felipe Castagnet, « Arqueología de la felicidad », *Cuadernos LIRICO* [En línea], 11 | 2014, Puesto en línea el 01 diciembre 2014, consultado el 01 mayo 2019. URL : <http://journals.openedition.org/lirico/1837> ; DOI : 10.4000/lirico.1837

Este documento fue generado automáticamente el 1 mayo 2019.

Cuadernos LIRICO está distribuido bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional.

Arqueología de la felicidad

Martín Felipe Castagnet

NOTA DEL EDITOR

Martín Felipe Castagnet (La Plata, 1986). Su novela *Los cuerpos del verano* ganó en 2012 el Premio a la Joven Literatura Latinoamericana otorgado por la MEET de Saint-Nazaire y La Marelle de Marseille, y fue traducida al francés. Es editor asociado de la revista bilingüe Buenos Aires Review y miembro del comité editorial de la revista Alkmene.

- 1 Nací en La Plata, a sesenta kilómetros de Buenos Aires. La Plata es una ciudad planificada, como Brasilia o Washington, creada hace poco más de cien años para funcionar como capital y levantada por entero donde antes sólo había lomas y bañados ; una cuadrícula perfecta atravesada por diagonales, con una plaza cada seis cuadras, y un espacio verde de sesenta hectáreas llamado Paseo del Bosque. Allí los chicos aprenden a andar en bicicleta y, cuando son más grandes, a manejar. Entre esos tilos, álamos, robles, ombúes y eucaliptos mi abuelo, después de un accidente cerebrovascular, aprendió a volver a caminar. ¿Vamos al Bosque ?, proponía mamá, y con mis hermanos éramos felices de inmediato : algodón de azúcar, pelotas de fútbol, esqueletos gigantes.

*

- 2 Como todo buen platense crecí entre el Museo de Ciencias Naturales, el Jardín Zoológico, el Observatorio Astronómico y la cancha de Gimnasia y Esgrima. (Me gusta la musicalidad que tienen los nombres compuestos de la región en la que me tocó vivir : República Argentina, Río de la Plata, Buenos Aires, Martín Felipe.)
- 3 Durante la temporada de verano íbamos al zoológico, al que se lo podía recorrer en un tren miniatura. Por ese entonces, mi animal favorito era una ballena de plástico, inmensa e inflable. Había que trepar por sus barbas hasta el interior rojo del vientre. ¿Se habrá

divertido Jonás tanto como yo dentro de las tripas de la ballena ? Pero lo mejor del zoológico siempre fue su olor : esa mezcla de pis, espesor y humedad.

- 4 Todos los inviernos de mi infancia, en cambio, los pasé en el museo. Cursos de arqueología y astronomía, y mi favorito : ¡vacaciones con los dinosaurios ! Para llegar a los talleres debíamos subir hasta el último piso, y esperar frente a una puerta que estaba dos o tres escalones más alta que el suelo. Esa arquitectura extraña me fascinaba. El museo también funciona como facultad, en los subsuelos a los que nunca fui. Mi tía abuela, que era pintora contratada por el museo, nos contaba de las piezas maravillosas que allí se acumulaban, catacumbas del arte y la ciencia.
- 5 Mi momento favorito, como siempre, era la hora de comer. Mamá nos llevaba a la cafetería del primer piso. Sobre la pared de la caja había un mural que representaba otro bar : un tiranosaurio con boina y facón, un diplodocus acodado contra la barra, una triceratops bailando. No era un bar sino una pulpería, pero en ese momento no lo sabía.
- 6 Una mañana de Reyes recibimos como regalo un juego enorme llamado Arqueologic Nova. Más que juego era un desafío, como un cubo Rubik de la antigüedad : dentro de la caja, junto a moldes de una máscara mortuoria y de la caza real del león, había un cassette y una bolsa llena de tierra. El cassette contaba la historia de un investigador del Museo Británico que antes de morir de modo misterioso lograba enviar sus investigaciones dentro de esa bolsa. La tierra era realmente tierra, y dentro yacían monedas antiguas, puntas de flecha y los restos fragmentados de una vasija que una vez rearmada revelaba el secreto del arqueólogo. Padres y maestros, yo les digo : regálenle a sus hijos cualquier cosa que les permita ensuciarse las manos. Ante la falta de juegos tan elaborados, un set de química también funciona : qué colores, texturas y resultados inesperados.
- 7 Esa educación tuvo su clímax en el sueño más vívido de mi infancia : era de noche y veía una larga fila de personas oscuras ; al seguir la fila descubría que terminaba exactamente en la ventana sobre la cabecera de mi cama, desde donde me observaba Anubis, dios de los muertos, con su tocado real de sacerdote y cabeza de lobo en vez de chacal. Era una pesadilla, pero en algún momento del sueño el miedo se transformó en fascinación : el Lobo es el símbolo de mi equipo de fútbol, no podía hacerme daño. Los muertos me esperaban.
- 8 Entre los muertos que me formaron y no recuerdo hay uno que habitaba en el Bosque : un tío de mi mamá vivía en una casita al lado del Observatorio. Cuando pasábamos por la puerta mamá me señalaba la casita a través de la reja. Cuidador del Observatorio : para mí era la gloria. Me lo imaginaba leyendo libros en la confortabilidad de la cama, haciendo guardia, y a la noche miraba por el telescopio. Yo me hice de Gimnasia gracias a ese tío del que no tengo memoria.

*

- 9 Gimnasia y Esgrima es el club de fútbol más viejo de toda América. Se fundó cinco años después de la fundación de la ciudad. Mi tatarabuelo, Mauricio Castagnet, fue parte de su creación. No conozco ningún Castagnet que no haya sido tripero. El lema simboliza bien al Bosque y su combinación feliz de ciencia y deporte : *mens sana in corpore sano*. Los troncos de los árboles pintados de azul y blanco, los papelitos cayendo a través de los tabloncillos como una nevada milagrosa.

- 10 En esa época escuchaba los partidos por la radio. Sintonizaba la transmisión en un walkman que le había comprado por veinte pesos a un amigo de mi hermano que había vivido en Nueva Zelanda. Por entonces veinte pesos era una suma importante: la hamburguesa con queso estaba noventa centavos y la lata de Coca apenas cincuenta. Mi abuelo, vencido por la enfermedad que le debilitaba el cuerpo, escuchaba mucho la radio y por supuesto que eso incluía los partidos de Gimnasia. Era una de las pocas cosas que todavía podía hacer, sobre la mesa de la cocina llena de migas de pan mojadas en leche. Mi abuela odiaba esa radio ensordecedora.
- 11 Cuando era chico estuvimos varias veces muy cerca de salir campeones. Llegamos punteros a la última fecha y perdimos. Volví a casa arropado en mi bandera albiazul. Era domingo a la noche y teníamos que ir a misa. Mi papá se desmayó y yo sé que fue de la tristeza; para mí era un gigante que se desplomaba, como los dinosaurios. De vez en cuando imagino una ucronía en la que salimos campeones y se me llenan los ojos de lágrimas. Otras veces pienso que nunca vamos a ser campeones, que es parte de nuestra identidad, la identidad del sufrimiento; en resumen: que no vivimos de la gloria sino de la ilusión, como todo el mundo.

*

- 12 El verano pasado llevé a una chica francesa a que conociera el orgullo de mi ciudad natal. Quise acortar camino por el largo camino que atraviesa el Bosque y terminamos atravesando a las corridas una nube de mosquitos de tamaño prehistórico. El museo estaba lleno, pero el mural del bar ya no estaba ahí. Le pregunté al encargado si todavía había un mural bajo la nueva pared; me contestó que nunca había visto ningún mural. También nuestra infancia necesita arqueólogos.